

menos que por sus riquezas. De este número (dice el autor á quien hemos citado mas arriba, y lo mismo manifiesta Toreno, de cuya obra es extracto en gran parte la publicada por el escritor francés), de este número eran el presidente marqués de Astorga, Valdés, Jovellanos y el marqués de Campo-Sagrado: el voto de este último fué aplaudido por su concision y firmeza. Jovellanos espresó su opinion con la erudicion y elocuencia que le eran propias; pero Valdés sobresalió por la vasta aplicacion y el liberalismo de las doctrinas que queria se insertasen en la convocatoria, estableciendo *que excepto la religion y la corona, en las sienes de Fernando, debian reformarse todos los ramos de la administracion*. Esto prueba, concluye, cuán necesaria creian la intervencion nacional en el gobierno por medio de las Cortes, aun las personas mas visibles por su capacidad, su amor al órden y su aversion á los tumultos populares.

Las lisonjeras esperanzas que tan buenas disposiciones hicieron concebir á los amantes de un bien entendido progreso, desvaneciéronse muy pronto por desgracia, volviendo la mayoría de los centrales á dejarse llevar de su espíritu de contradiccion á todo lo que fuese reforma. El proyecto de convocacion, estendido con arreglo á las ideas que habia manifestado Valdés, parecióles sobrado atrevido, es decir, *revolucionario*, y publicóse otro en su lugar el dia 22 de mayo, limitándose en él la Junta á anunciar el restablecimiento de las antiguas Cortes, y su convocacion para el año siguiente, ó antes, si las circunstancias lo permitian. Añadido á lo tardío del decreto lo irresoluto y vago de sus términos, vino otra circunstancia á quitarle el pequeño valor que aun así hubiera podido tener, y fué el nombramiento de los diputados Riquelme y Caro, absolutistas reconocidos, para formar parte de la comision encargada de disponer los trabajos preparatorios para la convocatoria. Las gentes ilustradas creyeron, y no sin fundamento ciertamente, que eleccion tan estraña como aquella no podia tener otro fin que el de ganar tiempo, dilatando indefinidamente el cumplimiento de lo prometido. La promesa no obstante estaba hecha, y atendidos la indole y carácter de aquella corporacion, era indudablemente un triunfo, aunque pequeño, obligarla á soltar esa prenda. La imprenta, hasta entonces ahogada, comenzó á respirar alguna cosa, y esto era ya algo, repetimos, porque como dice el epigrama griego vertido por Ausonio al latin:

Incipe; dimidium facti est cœpisse.

Faltaba, empero, la segunda parte, ó sea la sentencia contenida en el segundo verso del epigrama:

Rursus hoc incipe, et efficies.....

y no era la Central á propósito para llevarla á debido efecto. Su decreto por el cual reinstaló el consejo real de Castilla, reuniéndole las facultades de todos los demas consejos, produjo un descontento universal por lo mal mirada que era aquella corporacion, corporacion que por otra parte no agradeció á la Junta la merced, antes aspiró á derribar á quien le concedia tantas honras. A la conspiracion de Granada, dirigida á acabar con el gobierno, sucedieron un sin fin de intrigas encaminadas á paralizar sus mejores disposiciones, trabajando sin cesar contra él los afectos al antiguo régimen, creyendo demasiado liberal la marcha que seguia la Junta, al propio tiempo que los liberales se quejaban de la irresolucion con que en ese sentido procedia. Vióse, pues, la Central combatida por retrógrados y reformistas, sin contentar á unos ni á otros; triste lote de los términos medios, como en nuestros Tiempos decimos, por mas que en otras cosas se diga, y con mucha razon en muchas de ellas, que en el medio consiste la virtud. El poder de la Junta Central no podia durar mucho tiempo, siendo su posicion tan equívoca, y mas continuando los desastres con que parecia la suerte empeñarse en dar al traste con él, haciéndole ve-

nir á tierra de la manera mas estrepitosa. Los gobiernos en tiempos de revuelta no se sostienen sino con laureles.

La Junta conoció que sus desgracias dependian en muchísimas partes de su mala organizacion como poder ejecutivo, y así trató de concentrar sus fuerzas. Tres fueron las proposiciones que con este motivo se presentaron. Una de ellas rechazaba abiertamente toda especie de modificacion en esta interesante materia, toda vez que debiendo cuanto antes procederse á la convocacion de las Córtes, ellas debian ser, y no la Junta, quien decidiese sobre el particular: otra exigia como indispensable la creacion de una regencia emanada del seno de la Junta, y otra en fin, evadiendo esta cuestion, limitábase á pedir la concentracion del poder ejecutivo en un pequeño número de miembros, en vez de confiarlo á todos ellos, como habia sucedido hasta allí. Divididos estos en opiniones segun el leal modo de ver de cada cual, ó segun las ocultas miras que guiaban á algunos, vino al fin á triunfar la tercera proposicion, gracias á Calvo de Rozas, cuya energia, dice Duverine, no contribuyó poco á hacer inútiles los esfuerzos de ciertos diputados que no hablaban de regencia sino con la intencion de destruir la Junta é impedir la convocacion de las Córtes. Jovellanos, afecto á aquella idea, desistió de apoyarla como lo habia hecho en un principio, y adhirióse á la tercera proposicion, conociendo los inconvenientes á que Calvo se referia. Con esto el 19 de setiembre quedaron acordadas dos cosas: 1.^a la formacion de una comision ejecutiva encargada de dirigir la marcha de los negocios diarios, dejando á la Junta el exámen de los negocios mas importantes: 2.^a la apertura de las Córtes para el 1.^o de mayo de 1810.

Esto último era importante: la convocacion de las córtes no era ya un asunto tan vago como lo habia sido hasta allí: el plazo de su instalacion era fijo y determinado: la promesa de Córtes, en fin, era algo mas que palabreria.

Lo primero tardó en realizarse mucho mas de lo conveniente, y realizóse mal demas de eso. La comision ejecutiva no se instaló hasta el 1.^o de noviembre, é instalada, no hizo nada importante. Era su alma el marqués de la Romana, y el que como hombre de guerra valia tan poca cosa, erigido en hombre de Estado valia mucho menos todavia. Con esto y con seguir las desgracias hasta el punto de no dudarse ya de la invasion de la Andalucía, escusado era pensar que la Junta pudiera sostenerse en su combatido poder sino por brevísimo plazo: todo cuanto la rodeaba anunciaba su postrera agonía.

Entretanto agonizaba con ella el año 1809, y su muerte parecia anunciar la de la causa de la independencia. Derrotados nuestros ejércitos, ocupada Gerona por los franceses, apoderado de los ánimos un desaliento casi universal, las únicas señales de vida que en tan atribulados momentos parecian quedar al pais, consistian en la actitud que observaban nuestras guerrillas.

Después de las funestas jornadas de Maria y Belchite, ellas fueron en Aragon las únicas que dieron al francés motivo de serios temores, sucediendo lo mismo en Navarra. Varias partidas de cuerpos francos recorrían los valles del Pirineo é izquierda del Ebro, mientras otros hacian lo mismo por la margen derecha del mismo rio y por los montes que dividen á Aragon de Castilla. El intrépido Renovales, de quien tan señalada mencion hemos hecho hablando de Zaragoza, habia conseguido escapar de las manos de los franceses, cuando con los demas defensores de aquella indomable ciudad le llevaban prisionero á Francia, y dirigiéndose al valle de Roncal, ocupóse en reunir allí paisanos y soldados dispersos. El general francés D'Agoult, que mandaba en Navarra, envió contra él 600 hombres al mando del gefe de batallon Puisalis. Esperóles Renovales emboscado en el territorio que media entre los valles del Roncal y de Ansó, y trabándose en combate con ellos el 21 de mayo, quedaron muertos ó hechos prisioneros todos los que en aquel dia y en el siguiente habian osado embestirle, salvándose tan solo 120 que no penetraron en los valles. Aquellos sitios fueron nuevamente testigos de otro triunfo importante por parte del gefe español el dia 15 de junio, no parando los enemigos en su fuga hasta la villa de Lumbier. Renovales entonces hizo salir á algunos de los suyos de aquellas in-

trincadas asperezas, y apostándose en los caminos principales, convirtiéronse aquellos bien pronto en continuo motivo de alarma para el atribulado invasor. El cuidado de los imperiales creció al ver á D. Miguel de Sarasa dar nuevo impulso al levantamiento de los valles del Pirineo, y acaudillar al bravo paisanaje, con el cual, despues de varios reencuentros felices para sus armas en el mes de julio, se apostó en San Juan de la Peña, formando la izquierda de Renovales. Temerosos los franceses de las resultas que podia tener aquel alzamiento si no lo sofocaban cuanto antes, reunieron todas las fuerzas posibles, pidiendo auxilios á Zaragoza, Pamplona y otras poblaciones donde ejercian su dominacion. Parte de sus soldados dirigióse á San Juan de la Peña contra Sarasa, el cual se defendió bizarramente, si bien tuvo al fin que abandonar aquel célebre monasterio, que fué dado á las llamas por los enemigos el dia 26 de agosto, convirtiéndose en humo su archivo y conservándose solo la capilla abierta en una de las rocas. Tras esto avanzaron los france-



QUEMA DE SAN JUAN DE LA PEÑA.

ses hacía los valles de Anso y Roncal, entrando á sangre y fuego en la villa capital del primero, no obstante la obstinada resistencia que opusieron sus moradores. Renovales se sostuvo en el Roncal por espacio de tres dias, pero agolpándose sobre aquel valle los enemigos que marchaban en varias direcciones, tuvo que abandonarlo por último en los postreros dias de agosto, trasladándose á las orillas del Cinca, mientras Ornat, vecino de la villa, capitulaba con los franceses, estipulando para los habitantes de todos los valles el respeto á las propiedades y la seguridad personal. Quedó con esto dueño el enemigo de aquellos distritos en la parte occidental del Pirineo, mas no asi de los que se estienden á la parte oriental, incluso el valle de Aran, en Cataluña, siendo rechazado del fuerte de Benasque, lo mismo que de los demas puntos que puso algun empeño en tomar.

Entretanto Perena y Baget y otros bravos guerrilleros sostenian con el enemigo, en la orilla izquierda del Cinca, reiteradas y reñidas acciones, de las cuales salian con frecuencia mas airosos de lo que él deseaba. Incomodado el general Habert avanzó contra ellos hasta Fonz, donde sacrificó inhumanamente los enfermos y ancianos que se habian quedado en el pueblo. El coronel Robert por su parte cruzó

el Cinca al mismo tiempo un poco mas arriba de Estadilla, siendo rechazado al principio; mas luego concertó su movimiento con Habert, y los nuestros tuvieron que replegarse á Lérida, Mequinenza y otros sitios que estaban á cubierto de las tentativas francesas. Renovales entonces tomó el mando de todos aquellos valientes, y los franceses ocuparon á Fraga y Monzon, sin que consiguieran por eso acabar con los insurgentes. Sarasa volvió á aparecer en las inmediaciones de Ayerbe, interponiéndose en el camino que de Zaragoza va á Jaca, é interrumpiendo las comunicaciones de los franceses de ambas ciudades en los meses de octubre y noviembre. Entretanto los españoles de Mequinenza acometieron al destacamento con que el coronel Dupeyroux se hallaba apostado en Caspe, pero su tentativa, feliz en un principio, acabó desgraciadamente, matádoles el francés muy cerca de 500 hombres, y huyendo los demas hasta el número de 1100 de la manera mas precipitada. Esto fué tambien en octubre. Benasque resistió el mismo mes á la intimacion de rendirse que hizo á su gobernador, marqués de Villora, el comandante La Pageolerie; mas volviendo el frances en noviembre, cedió sin defenderse el marqués, abrazando luego la causa de los enemigos de España.

Mientras pasaba esto en los puntos que, omitiendo otros varios reencuentros en Aragon y Navarra, acabamos de mencionar, habiase formado en las inmediaciones de Daroca una nueva y formidable partida con la gente que acaudillaba Don Ramon Gayan, y con otros restos del ejército de Blake, los cuales despues de varias acciones, felices unas y desgraciadas otras, habian sido puestos en derrota en la ermita denominada del Aguila, en el término de Cariñena. Blake envió desde Cataluña, á fin de que se pusiese á su frente, al bravo brigadier Villacampa, gefe activo, incansable, lleno de esperiencia y recursos, y el mas á propósito para el género de guerra que se proponia abrazar en un pais donde ejercia gran influencia. Su primera intencion fué sorprender cuatro compañías polacas apostadas en Gallocanta; pero la vigilancia del general Klospiski y la firmeza del coronel Kosinowski hicieron abortar su tentativa. Despues adelantóse á Calatayud, y arrojando á los enemigos del puerto del Frasno, los persiguió hasta la Almunia. Estaba entonces finalizando agosto, y su tropa ascendia á 4,000 hombres. Alarmados los imperiales con los progresos de aquel caudillo, reunieron cuanta gente les fué dable despues que consiguieron respirar en la orilla izquierda del Cinca; mas no pudieron, como imaginaban, destrozár la de su enemigo, dado que este se habia replegado á la cadena de montes que desde Castilla se estienden hasta Aragon, llamados Sierra de Albarracin, tomando posicion en la ermita del Tremedal, que convirtió en su principal plaza de armas y depósito de municiones. Dicha ermita es un santuario situado en la cima de un monte, cuya estension es de tres cuartos de legua, y que destacado de la cadena de que acabamos de hacer mencion, cubre hasta cierto punto las comunicaciones con el pais castellano. A los piés de esta especie de San Gotardo de ambas Castillas, nacen los rios Tajo, Júcar y Guadalaviar, y hasta otros diez ó doce riachuelos que van á morir en los tres para lanzarse en el Mediterráneo. Suchet conoció los obstáculos que podian oponer á sus proyectos aquellos decididos insurgentes, siendo dueños de tal posicion, y envió al coronel Henriot para reconocerla, con órden de no comprometerse, atendida la insuficiencia de medios que tenia á su disposicion. Este oficial partió de Daroca el dia 25 de noviembre al frente de un regimiento de línea, otro de coraceros, seis compañías de preferencia y un batallon del segundo regimiento del Vistula con dos piezas de cañon y un obus. Llegado el 25 al pié del monte en que estaba Villacampa apostado, dió sus disposiciones de ataque, siendo tan diestro y afortunado en ellas, que al cabo de ocho horas de combate quedó dueño del santuario, que fué entregado á las llamas. Nuestra pérdida ascendió á 400 hombres entre muertos, heridos y algunos prisioneros, siendo la del francés casi nula, cosa que parecia increíble, á no ser bien sabida la ventaja de disparar de abajo arriba como los franceses lo hicieron, al revés de los españoles, que tenian que hacerlo de alto á bajo, perdiendo casi todos sus tiros.



Parecia que con estos triunfos debian los franceses respirar, y sin embargo no era asi, porque no bien vencian esta ó la otra guerrilla en una parte, rebullianse ciento en otras, siendo el cuento de nunca acabar. Asi, cuando Henriot caminaba en direccion del Tremedal, levantábasele á retaguardia los paisanos de Illueca y otros pueblos, molestándole sin cesar. Su expedicion fué mas escasa en gente de lo que le convenia, por haberse visto obligado á distribuir parte de ella por todo el territorio de su mando, dejando destacamentos en varios distritos ó corregimientos, tales como el de Calatayud, Daroca, Albarracin y parte del de Teruel. Tantas eran las precauciones que el enemigo se via precisado á adoptar para trasladarse de un punto á otro; sin ellas estaba perdido: la insurreccion al modo que la yerba, levantábase erguida en el momento que los franceses movian el pié que sobre ella acababan de sentar.

Empeñado Suchet en pacificar el Aragon, avanzó el 25 de noviembre hasta Albarracin y Teruel, siendo aquella la primera vez que era profanado aquel suelo por los enemigos de España. El general Milhaud habia pocos dias antes trasladándose de Madrid á Cuenca á fin de dispersar las guerrillas que tambien pululaban por alli, siendo uno de sus gefes principales el marqués de las Atalayuelas. Las juntas de Aragon, Cuenca, Molina y Guadalajara, esmerábanse combinadas en fomentar la guerra de partidas, desplegando un empeño y un celo superiores á toda ponderacion. El Empecinado á aquella sazón se habia cubierto de gloria combatiendo con los franceses en tierra de Castilla la Vieja; y llamado por la junta de Guadalajara, establecida en Sigüenza, acudió en setiembre al país que obedecia á aquella autoridad, aumentando la fama de sus hechos con los de valor y destreza que en el mes espresado y en el de octubre convirtiéronle en terror del francés en Cogolludo, Alvarés y Fuente la Higuera. Los enemigos recurrieron á mil ardides y estratagemas para envolverle, consistiendo una de estas en retirarse el 12 de noviembre de la ciudad de Guadalajara para que él penetrase en su recinto, revolviendo ellos despues para cercarle y cojerle dentro. Lleváronse chasco, no obstante, porque el Empecinado entró en efecto, y despues de proveerse de paños en las fábricas de aquella poblacion, rompió como torrente asolador por entre las altivas falanges que le tenian rodeado, salvándose de una ruina segura con su bravura y



su serenidad. Tras esto volvió á los franceses estratagema por estratagema y susto por susto, sorprendiéndoles en Mazarrulleque el dia 24 de diciembre una buena porcion de sus soldados.

Ni se limitaba á los distritos que llevamos hasta aqui mencionados la formidable guerra de partidas que tanto apuraba al francés, inutilizando su táctica y convirtiendo en flacos é impotentes á los que tan temibles nos eran tratándose de batallas campales. La Mancha rebullia tambien en osados y audaces guerrilleros, señalándose Mir y Jimenez entre los mas afamados, y con particularidad Francisco Sanchez, ó sea el nominado Francisquete. La provincia de Toledo tuvo algunos, aunque solo mas adelante comenzaron á hacerse temibles. En Leon y Castilla la Vieja sobresalia Don Julian Sanchez, vengador de sus padres y hermana, asesinados por los franceses, y que nunca desistió del rencor con que tan justamente los miraba. En la misma Castilla la Vieja estaba el Capuchino Saornil, molesta pesadilla de Kellermann, quien sin eso tenia harto que hacer con las casi increíbles irrupciones que verificaba Porlier, precipitándose sobre la tierra llana desde los montes de Galicia y Asturias, que le servian de abrigo, y atropellando á la ida y á la vuelta los destacamentos enemigos que intentaban oponerse á su paso. Desde Burgos á los lindes de Alava borbollaban tambien un sin fin de guerrillas, siendo entre ellas las mas importantes las de Cuevillas, Gomez y Fernandez de Castro, y las de los curas Villoviado y Tapia. Los individuos afiliados en ellas, contrabandistas en su mayor parte, llenábanse de gloria y de botin en las mas de sus correrias, creciendo sobremanera el espanto con que los miraba el francés, cuando uniéndose varias partidas, obraban en combinacion. La defensa de Logroño en setiembre bajo la direccion de Cuevillas, y la accion de Sansol en Navarra en el segundo tercio de noviembre bajo el mando de D. Ignacio Narron, presidente de la junta de Nájera, fueron para el francés sucesos tristes de que les quedó por mucho tiempo larga y humillante memoria.

En la última accion de que hablamos, y en que fueron deshechos mas de 1,000 franceses, tomó parte D. Francisco Javier Mina, conocido por Mina el mozo, para diferenciarle de su tio, el valiente Espoz y Mina, que tanto con-

siguió señalarse desde el año 1810. Mina el jóven era estudiante en la Universidad de Zaragoza cuando se verificó el alzamiento nacional. Contaba entonces 19 años, y en union con los demas estudiantes tomó las armas para defender aquella inclita ciudad; pero habiendo caido enfermo, tuvo que retirarse á Idocin, pueblo de su naturaleza, para recobrar su salud. Saqueada su casa por los franceses en venganza del asesinato que, no se sabe por quién, cometióse en uno de sus sargentos, vióse el padre de Mina en grave riesgo; pero el hijo le salvó de la prision, dando una cierta suma á los franceses, y luego, enfurecido contra ellos, púsose al frente de una docena de hombres no menos decididos que él, dando con tan escasa y brava gente principio á sus correrias. Aumentada poco á poco su tropa, hizo en breve famoso su nombre con sus increíbles hazañas, cayendo á manera de rayo sobre los destacamentos enemigos de Navarra, Aragon y Rioja. Referirlas una por una, sería escedernos del limite que á nuestra tarea se impone.

Por la misma razon prescindiremos de entrar en pormenores sobre las guerrillas de Cataluña, las primeras que dieron entre nosotros el ejemplo de lo que podia hacerse renunciando los españoles al prurito de batallar, que tan mal solia probarnos. Aquellas formidables partidas no cedian, en sentir de los franceses, á las mejores tropas lijeras de los pueblos mas guerreros del mundo. «El paisano catalan, dicen, es por lo general de alta talla, bien conformado y fuertemente constituido: su aspecto es varonil (*mále*) y fiero: sus nerviosas y bien proporcionadas piernas le hacen el mas á propósito para correr por las montañas, y su modo habitual de vestir facilita mas todavia su lijereza natural. Su calzado consiste en la alpargata, especie de coturno que se liga desde los tobillos hasta cerca de la corva, añadiendo á este arreo un calzon corto y una chupa (*une veste á manches*). Cuando se encrucece el invierno, lleva ademas la manta, corta y lijera, la cual le sirve para cubrirse el cuerpo, mientras su cabeza lo está con un largo gorro de lana. Armado siempre con escopeta de caza, lleva sus municiones en la canana que tiene rodeada á la cintura, y cuya parte anterior consta de varias divisiones, dispuestas al efecto como las de una cartuchera. De este modo, vestido y armado á la lijera, y esperando casi siempre á sus adversarios en la cima de elevada montaña, el catalan ó el aragones debian por precision adquirir notable ventaja sobre el soldado francés, abrumado con un saco enorme, con una molesta cartuchera, con un fusil pesadísimo, muchas veces desproporcionado con la talla de los que de él se servian, y en fin, con los restantes avios de un vestido incómodo. La institucion de nuestros *volligeurs* en nuestros batallones de infantería, es, concluyen, sin duda una de las mejores innovaciones modernas, una innovacion que ha causado muchísimo daño al enemigo; pero el partido que se ha sacado de ella hubiera sido mucho mayor, si se hubiera dado á esa tropa desde su origen un armamento, un equipo y un vestido mas análogos con el fin que presidió á su formacion (1).»

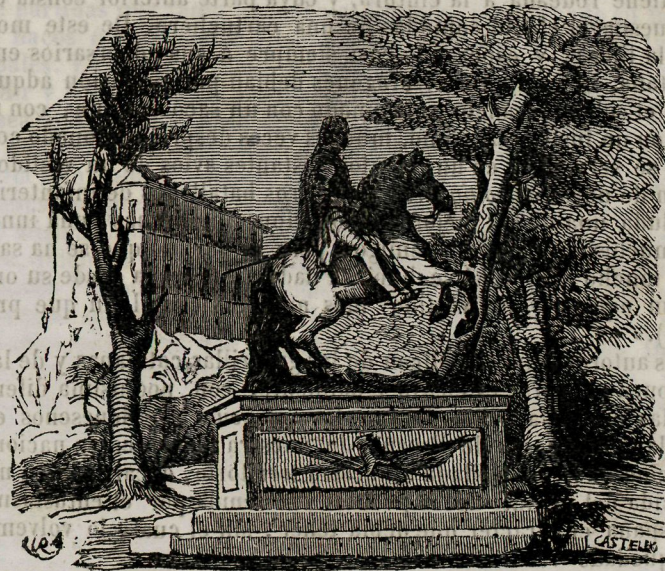
Lo que los autores franceses dicen de las guerrillas catalanas y de las guerrillas aragonesas, puede hacerse estensivo igualmente, con poquisima diferencia, á todas las partidas españolas. Ellas fueron los *volligeurs* (perdónesenos esta palabra francesa hablando de cosas de España) de nuestra insurreccion nacional, la magnífica institucion que, acomodada á nuestro territorio, encarnada en nuestras costumbres, nacida del instinto de los pueblos y sostenida por el entusiasmo, dió á la guerra de España el carácter que debia tener, sin el cual, lo volvemos á decir, hubiéramos quedado vencidos.

Despues de ocupada Gerona, reunió el mariscal Augereau la division de Sou-

(1) *Victoires, conquêtes, désastres, revers et guerres civiles des français de 1792 á 1815*, par une société de militaires et de gens de lettres.—TOME XIX, page 319.—Paris, 1820.

ham, ordenando á este gefe perseguir las partidas de migueletes que se habian retirado á la alta Cataluña, y vengarse cuanto le fuese posible de los daños que habian causado á las tropas francesas durante el sitio, destruyéndoles los convoyes que venian de Francia y acometiendo sus destacamentos. La ira del enemigo era grande. Al dirigirse á Francia el general Dumoulin, fué un milagro que pudiera escapar, y para eso peligrosamente herido, de las manos de los guerrilleros. El mismo mariscal Auguereau vióse tambien en inminente riesgo recorriendo una parte de la tierra despues del sitio, debiendo su salvacion á una compañía de preferencia que le escoltaba. Souham cumplió su encargo en lo que pudo, dispersando á los migueletes en Besalú, hiriéndoles y matándoles bastante gente, y fusilando sin piedad á cuantos paisanos cojió con las armas en la mano. Despues de otros varios reencuentros con las partidas de Cherfós, Clarós y Rovira en Olot, Camprodon y San Pol, dirigióse el enemigo á Ripoll, donde estaba situado el segundo de los guerrilleros nombrados; y haciendo otro tanto Devaux, el cual tomó otra direccion por el puente de Canas, consiguieron entre los dos entrar en la villa despues de un sangriento combate, siendo destruida su fábrica de fusiles, y cometiendo en ella los franceses las atrocidades que en ellos eran ya inveterada costumbre. Auguereau entonces tomó el camino de Rivas, y espulsando de allí otra partida de migueletes, redujo á la obediencia á aquella pequeña poblacion junto con otras de sus cercanias.

Triunfos todos de un solo momento, porque ya lo hemos dicho otra vez: una cosa es derrotar insurgentes y otra acabar con las insurrecciones.



ADVERTENCIA

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Hemos narrado todos los sucesos que, pudiendo llamarse importantes, tuvieron lugar en España en el primer trienio de su lucha contra las huestes de Napoleón. Desde que comenzamos la obra hasta el momento en que escribimos estas líneas ha transcurrido un tiempo dilatado, y tal que asusta ya á los suscritores, deseosos con sobrada razón de ver terminada cuanto antes la narración que se halla á nuestro cargo. Causas independientes de la empresa, y aun más del autor de esta historia, han producido tanta dilación, y es llegada por tanto la hora de dar cima en cortísimo plazo al compromiso que hemos contraído con los suscritores y el público. Nuestra obra debía constar de cuatro ó cinco tomos iguales al que sirve de introducción; pero es preciso abandonar el plan que nos habíamos propuesto seguir con arreglo á lo dicho en el prospecto. Vamos, pues, á acabar lo empezado en muy pequeño número de entregas, sacrificando á la necesidad todo lo que sea detalles, comentarios y largas reflexiones sobre lo que nos resta por decir desde enero de 1810 hasta la conclusión de la guerra. Exactos como siempre lo hemos sido, cuanto ha dependido de nosotros, en lo que llevamos contado, no lo seremos menos en los hechos que debemos todavía narrar, si bien lo haremos con el laconismo y con la brevedad consiguiente á la justa y natural impaciencia de nuestros numerosos lectores.